

Cristo da Eterna Felicidad

Pastor: Oscar Arocha

Octubre 14, 2017

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (Juan 17:22).

En el verso anterior Jesús oraba por la unión de los Creyentes en un cuerpo espiritual, y ahora argumenta para reforzar Su petición: “La gloria que me diste les he dado”; como si dijera al Padre que no le deniegue lo que ya ha dado a los discípulos, presenta la misericordia como una razón para que se le conceda.

Pregunta: ¿Qué significado tiene esta gloria?

Son varios los significados dados a través de la historia con relación a esta pregunta, con humildad me inclino al comentario dado por Thomas Manton, cuando dice: *La gloria referida aquí es la felicidad o el estado de bendición eterna que se ha prometido al Creyente y que las Escrituras denominan gloria.* Así lo refiere el contexto: “Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (v24); esta es la perfecta y gloriosa unión.

Pregunta: ¿Cómo le fue esto dado a los Creyentes?

Cristo adquirió un derecho y por ello nos dejó una promesa; Él no iría a los cielos hasta asegurarse que Sus dones son nuestros; esto es lo que se entiende como su significado. En esta idea también se incluye: La justificación, adopción, el don de Su Espíritu, la nueva naturaleza y gloria eterna.

El sermón será así: **Uno**, El cuidado que tiene Cristo para hacernos como Él. **Dos**, La gloria del Creyente es la de Cristo.

I. EL INTERÉS DE CRISTO PARA HACERNOS COMO ÉL

El interés se ve en lo reiterado de su argumento, pues dice: “Para que sean uno, así como nosotros somos uno”; porque “la gloria que me diste les he dado”; que seamos como Cristo tanto como nuestra capacidad permita; no igual a Él, sino como El. Jesús no es igual a Dios, ya que Dios es Espíritu, y Jesús tiene un cuerpo físico.

La semejanza entre Cristo y los Creyentes es doble: Entre nosotros y Él como el eterno Hijo de Dios. Y entre el Creyente y Él como Mediador.

Entre nosotros y Cristo como el eterno Hijo de Dios. No podemos ser igual a Cristo por lo que Él es: “El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación... El es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza” (Colosenses 1:15; Hebreos.1:3). Somos imagen de Dios por reflejo; en el cielo hay dos grandes lumbreras el sol y la luna, la luna es lumbrera por reflexión. El Padre ama a Cristo porque es la expresión exacta de Su naturaleza, y nos ama porque somos imagen de Cristo. Cuando un hombre ama a su prójimo, ama también las partes. Y nuestro honroso titulo en el cristianismo llega por Él: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17); es el Padre de Cristo por naturaleza, de nosotros por gracia de adopción.

Entre nosotros y Cristo como Mediador. Como Dios se comunica El mismo a Cristo como Mediador, así Cristo se comunica El mismo a los miembros de Su cuerpo místico. *Cuando decimos místico, es que se trata de un misterio.* Como hombre fue engendrado por el Espíritu Santo en el vientre de María, y por el mismo Espíritu somos regenerados a la vida de fe. Él a este mundo y nosotros al mundo espiritual. La nueva naturaleza es formada en uno por el Espíritu como lo fue Jesús en el vientre de la virgen: “Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19).

Todas las excelencias morales de Cristo son concedidas al cristiano verdadero: “Nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu” (2 Corintios 3:18). Si un cuadro bien hecho nos hace conocer los lineamientos generales de quien representa, y lo vemos como si estuviera presente; del mismo modo estamos para mostrar las virtudes de Cristo, no igual a Él, sino semejante a Él: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9); esto es, muriendo o negándose al pecado para vivir en novedad de vida o guiado por los principios espirituales de la Palabra de Dios. También se manifiesta en las aflicciones que impone al Creyente con Sus tratos providenciales: “Llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Corintios 4:10). Un santo afligido con mansa paciencia es una memoria de Cristo.

Lo Mismo para nosotros. Como en esta vida manifestamos a Cristo en Sus acciones y pasiones, así un cristiano es como un Cristo espiritual, y en la vida por venir lo manifestará en gloria. Después que murió fue levantado y así será con nosotros; el mismo Espíritu que lo resucitó nos resucitará. Cristo tiene un Reino, nosotros también, porque todas Sus bendiciones son nuestras mediante la unión con Él: “No temas, rebaño pequeño, porque vuestro Padre ha decidido daros el reino” (Lucas 12:32); en los cielos el vive bendita y gloriosamente, así también será

con nosotros. Cristo juzga el mundo, también los santos serán jueces del mundo: “¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?” (1Corintios 6:2). Él es sacerdote, rey y profeta, nosotros también, sacerdotes para ministrar sus cosas santas, reyes para gobernar nuestras pasiones e impulsos y profeta para instruir nuestros corazones. Semejanza en Gracia y gloria.

Todas estas bendiciones son nuestras por el amor de Cristo y por Su obediencia al Padre; como una de las Personas de la Trinidad no necesitaba ni nadie le podía imponer ser en ninguna manera un Mediador, se hizo Jesucristo por causa nuestra, para que a través de El las abundantes misericordias de Dios viniesen a Su pueblo sin impedimentos: “A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). Cristo es el ejemplo y patrón puesto por Dios, y eso en nuestra naturaleza de lo que serán Sus elegidos.

II. LA GLORIA DEL CREYENTE ES LA DE CRISTO

Los miembros y la cabeza hacen un solo ser, pero entre la cabeza y los miembros hay diferencias en grados. La cabeza tiene la corona y el honor, así Cristo excede en grados de gloria eterna, pero la esencia es la misma; nosotros somos coherederos con Cristo, estaremos en el mismo cielo: “El cual transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de su gloria, por el ejercicio del poder que tiene aun para sujetar todas las cosas a sí mismo” (Filipenses 3:21).

Semejanza. Cuando el sol se levanta las estrellas se esconden y no pueden ser vistas, pero en nuestro caso no será así, porque cuando el Sol de los justos resplandezca, seremos más brillantes, y así es con nuestras almas, que mientras más cerca de Dios andamos, más brillamos. Si viéndolo a través de la luz del Evangelio nuestras vidas son transformadas, cuanto más lo será al verle cara a cara. Al poner el hierro en contacto con el fuego todo el metal se hace rojo vivo; así será con los Creyentes, tendrán una mayor medida de naturaleza divina: “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es” (1 Juan 3:2). Nos sentamos sobre Su trono como Él se sentó en el de Su Padre.

Nuestro Estado de ausencia. Esta gloria es fruto de la unión, como también lo es la Gracia. La unión espiritual con Cristo comenzó aquí, pero se completará en la vida por venir. Aquí somos crucificados, resucitados y levantados para sentarnos con Cristo en los lugares celestiales: “Cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con El nos resucitó, y con El nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Efesios 2:5-6); Cristo está en nosotros y no nos dejará hasta que nos lleve al cielo. En esta vida no podemos llegar a El, porque la mortalidad es un estado de ausencia, pero Cristo vendrá a nosotros y nos llevará a donde está en gloria eterna: “Padre, quiero que los

que me has dado, estén también conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn.17:24); Él viene a donde estamos para llevarnos donde está Él. Es el método de Dios llevarnos de muerte a vida, de la miseria a la felicidad por grados. Como comentara Manton: “Millones de años no pueden hacer ni recuperar lo que la raza humana perdió en tan solo una hora, el pecar contra Dios, y hasta que la resurrección no sea completada no seremos capaces de comprender los frutos gloriosos que tenemos en la unión con Cristo.” Todos los privilegios que Cristo tuvo y disfrutó antes, luego serán nuestros, y así habla en nuestro texto: “La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (v22). Primero la cabeza después entra el cuerpo.

El verso dice: “Les he dado”, y alguien pregunta: ¿Cómo es eso que dice que nos ha dado, pero ahora mismo no lo vemos? Al estudiar las Escrituras usted puede notar que es frecuente este lenguaje de fe, esa es la forma de hablar a los peregrinos, como si poseyéramos lo prometido, nótese: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36).

Probemos esta esencial verdad en el lenguaje de la Biblia.

Por fe sabemos y hemos experimentado en el alma que somos un cuerpo espiritual con Cristo. El es la cabeza, nuestra parte más digna, la cual está en el cielo: “Juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales” (Efesios 2:6); es en Cristo que estamos sentados en los lugares celestiales; entiéndase que estamos glorificados en Cristo, aunque no en nosotros mismos. Los cristianos son poseedores de la cabeza, tal como Cristo los posee por sus nombres. También lo poseen por las promesas. En el lenguaje escritural la promesa es la raíz de la bendición, como si tuviera un título para mostrar lo que va a posesionar. *La promesa de Dios escrita es. Como el título de propiedad de una vivienda.* La seguridad del Creyente con relación a los dones divinos es que posea algún punto de la promesa, porque eso es lo que ata a Dios con él. El Señor es muy tierno de Su Palabra, y usted puede verlo en todas las otras promesas cuando lo pone a prueba.

Pregunta: ¿Qué es la promesa de Dios?

El ministro Thomas Manton responde apropiadamente: “La promesa divina es la declaración de Su propósito”. Nótese: “Por lo cual Dios, deseando mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su propósito, interpuso un juramento, a fin de que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, los que hemos buscado refugio seamos grandemente animados para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros (Hebreos 6:17-18); este el documento que ampara el contrato y es tuyo.

Diferentes grados. Los Creyentes ahora tienen los primeros frutos, sólo se difiere en grado de lo que será la gloria final: “Habiendo creído, fuisteis sellados en El con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13). Hemos recibido una porción del Espíritu, la cual nos ha sido dado para asegurarnos que la perfección también es

nuestra. Del texto también se desprende que si gemimos por esa gloria es signo de confianza en poseer lo prometido. Los vasos son formados para algún uso, los gemidos espirituales también. La unión con Cristo, los gozo en el Espíritu, la paz de conciencia son los comienzos del cielo. Los que viven en las montañas tiene aún en sus ropas un olor característico, olor que se le pega por el ambiente; así la iglesia de Cristo tiene un toque de paz como signo de encontrarnos en las puertas del cielo, somos miembros de comenzar a oler el Paraíso. Las influencias del Espíritu Santo son los toques y el gusto de nuestra futura y gloriosa herencia. La herencia está reservada para nosotros y nosotros para ella. *Así que, en esencia la gloria del Creyente es la misma que tiene Cristo.*

Hoy vimos: “La Gloria que Cristo da a los Suyos”, y se expuso en dos partes: El cuidado que tiene Cristo para hacernos como El. Y La gloria del Creyente es la de Cristo. En breve: Cristo no iría a los cielos hasta asegurarse que Sus dones son nuestros; esto incluye: La justificación, adopción, el don de Su Espíritu, la nueva naturaleza y gloria eterna.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Consuélate, porque, aunque seas poco estimado en el mundo, tendrás la misma gloria que Jesús tiene.** Ten presente que la manera como tu des a conocer o manifestar a Cristo con tu vida, no será agrado del mundo, sino lo contrario, tus amigos incrédulos por lo general siempre piensan bajo del cristiano, te subestiman, y de alguna manera u otra estarás en aflicción. Esos son los medios que Cristo emplea para dejarse ver; óyelo: **“Siempre llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús por todas partes, para que también en nuestro cuerpo se manifieste la vida de Jesús” (2 Corintios 4:10).**

He aquí tu consuelo, que tu vida en Cristo es mucho más excelente que en Adán en su estado de inocencia. Adán sólo podía transmitirnos lo que había recibido, pero Cristo es mucho mejor, da lo que recibió y adquirió. Y ahora somos renovados no a la imagen del primer Adán, sino del segundo. Sea esto fuerte canto de tu corazón cuando surjan las manifestaciones de tu debilidad; como alaba el salmista: **“En cuanto a mí, en justicia veré tu rostro; quedaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17:15).**

2. **Amigo: Cristo ama más los hombres de lo que ellos se aman a sí mismo.** El hombre natural ama sólo su cuerpo, pero no su alma. Cristo ama, cuida y suple todas las necesidades presentes de tu cuerpo y de tu alma. El hombre ama el pecado, pero Él les trajo vida; el hombre se contenta con algo, y Cristo quiere darle eterna felicidad. Ahora mismo: Invoca el Nombre de Cristo y la gloria de eterna felicidad será tuya.

AMÉN